



DISCURSO NO FOCALIZADO

[...] Mala hora era, sin duda, aquélla... Ana se tomó el pulso, se miró las manos; no veía bien los dedos, el pulso latía con violencia; en los párpados le estallaban estrellitas, como chispas de fuegos artificiales; un nuevo ataque de nervios se acercaba; Ana decidió pedir ayuda; cogió el cordón de la campanilla y llamó. Pasaron unos minutos pero no acudió nadie. Volvió a empuñar el cordón. Oyó pasos precipitados. Al mismo tiempo que por una puerta de escape entraba Petra, su doncella, asustada, casi desnuda, se abrió la colgadura granate y apareció el cuadro disolvente, el hombre de la bata escocesa y gorro verde, con una palmatoria en la mano.

- ¿Qué tienes, hija mía?.

Ana dijo que era un nuevo ataque, aunque no estaba segura de que viniese con todo el aparato nervioso de costumbre; se presentaban los mismos síntomas de siempre; Ana se quejaba de la vista, decía que le estallaban chispas de brasero en los párpados y en el cerebro, se le enfriaban las manos casi hasta el entumecimiento.

Petra corrió a la cocina sin esperar órdenes, ya sabía lo que necesitaba: una infusión de tila y azahar.

Don Víctor se tranquilizó. Ya estaba acostumbrado a los ataques de su esposa. En el fondo, creía que no eran nada.

- Sí, tienes razón. Acércate, háblame, siéntate aquí.

Don Víctor se sentó en la cama y depositó un beso paternal en la frente de su señora esposa. Ella le apretó la cabeza contra el pecho y derramó algunas lágrimas. Al darse cuenta, Don Víctor confirmó sus sospechas: con el llanto los nervios desaparecían.

En efecto, Ana comenzó a sentirse mejor. Hablaron. Ella manifestó una ternura que él agradeció en lo que valía. Petra volvió con la tila. Ana pensó agradecida en lo solícita que era Petra, la doncella, y en lo bueno que era Don Víctor Mirándole de cerca, pensó que había sido hermoso en su juventud. Verdad era que sus cincuenta años -cavilaba Ana en su lecho- parecían más bien sesenta, pero sesenta años de una robustez envidiable.

Don Víctor observó entonces que la muchacha no había reparado en el desorden de su traje, que no era traje, sino un tenue camisón de dormir y un pañuelo de lana sobre los hombros. Sintió entonces deseos ocultos de observar aquel cuerpo, que imaginaba blanquísimo.

Con la tila, Ana acabó de serenarse. Petra, temblando de frío, cruzando sus brazos, se retiró discretamente. Entonces, Ana se empeñó en que Quintanar -casi siempre llamaba a su marido por el apellido- bebiese aquella poca tila que quedaba en la taza.

- ¿Tienes frío?

- ¿Frío yo...?. ¡Qué va!

Lo que tenía Don Víctor no era frío, sino ganas de acostarse. Para frío de veras, el que haría dentro de tres horas, antes del amanecer, cuando saldría -como casi todos los días- a cazar con gran sigilo por la puerta del parque.

- ¿No quisieras tener un hijo, Quintanar...? -preguntó Ana apoyando la cabeza en el pecho del marido.

- ¡Con mil amores! -contestó Don Víctor mientras buscaba en su corazón la fibra del amor paternal.

No la encontró... Entonces, Don Víctor, cansado y somnoliento, se dio cuenta de que su esposa desconocía sus madrugones para ir de caza.

-Sí, hijita mía, sí; pero ahora debes descansar... Te exaltas demasiado. [...]



[...] Mala hora era, sin duda, aquélla... Ana se tomó el pulso, se miró las manos; no veía bien los dedos, el pulso latía con violencia; en los párpados le estallaban estrellitas, como chispas de fuegos artificiales; "sí, sí, estaba mala, iba a darle el ataque"; había que llamar; cogió el cordón de la campanilla y llamó. Pasaron unos minutos. ¿No oían?... Nada... Volvió a empuñar el cordón... Oyó pasos precipitados. Al mismo tiempo que por una puerta de escape entraba Petra, su doncella, asustada, casi desnuda, se abrió la colgadura granate y apareció el cuadro disolvente, el hombre de la bata escocesa y gorro verde, con una palmatoria en la mano.

- ¿Qué tienes, hija mía?.

El ataque, el dichoso ataque de nuevo... aunque no estaba segura de que viniese con todo el aparato nervioso de costumbre; los mismos síntomas...; sí, igual que las otras veces; "no veía, le estallaban chispas de brasero en los párpados y en el cerebro, se le enfriaban las manos y de pesada no parecían las suyas..." Petra corrió a la cocina sin esperar órdenes, ya sabía lo que necesitaba... Lo de siempre..., tila y azahar.

Don Víctor se tranquilizó. "Estaba acostumbrado al ataque; la infeliz padecía, pero no era nada".

- No pienses en ello, ya sabes que es lo mejor.

- Sí, tienes razón. Acércate, háblame, siéntate aquí.

Don Víctor se sentó en la cama y depositó un beso paternal en la frente de su señora esposa. Ella le apretó la cabeza contra el pecho y derramó algunas lágrimas. "Ya llora... Buena señal... La tormenta de nervios se deshace en agua... El ataque está conjurado".

En efecto, Ana comenzó a sentirse mejor. Hablaron. Ella manifestó una ternura que él agradeció en lo que valía. Petra volvió con la tila. "¡Qué solícita era Petra, y su Víctor qué bueno!... Y había sido hermoso, no cabía duda. Verdad era que sus cincuenta años parecían más bien sesenta, pero sesenta años de una robustez envidiable..."

Don Víctor observó entonces que la muchacha no había reparado en el desorden de su traje, que no era traje, sino un tenue camisón de dormir y un pañuelo de lana sobre los hombros. "Las carnes debían de ser muy blancas, toda vez que la muchacha era rubia azafranada..."

Con la tila, Ana acabó de serenarse. Petra, temblando de frío, cruzando sus blanquísimos y bien torneados brazos, se retiró discretamente. Entonces, Ana se empeñó en que Quintanar -casi siempre llamaba a su marido por el apellido- bebiese aquella poca tila que quedaba en la taza.

- ¿Tienes frío?

- ¿Frío yo...?. ¡Qué va!

Frío no, tan sólo sueño, mucho sueño... Y pensó que dentro de tres horas, antes del amanecer, saldría a cazar -lo hacía casi a diario- con gran sigilo por la puerta del parque. "Entonces sí que haría frío..."

- ¿No quisieras tener un hijo, Quintanar...? -preguntó Ana apoyando la cabeza en el pecho del marido.

- ¡Con mil amores! -contestó Don Víctor mientras buscaba en su corazón la fibra del amor paternal.

No la encontró... "Pobrecita... Lo ignora todo... Si supiera que sólo dispongo de dos horas y media de descanso, me dejaría volver a la cama".

-Sí, hijita mía, sí; pero ahora debes descansar... Te exaltas demasiado. [...]

[Leopoldo Alas, "Clarín", *La Regenta*, cap. III]



[...] Cuando el sonido de la campanilla me despertó pasaba de las tres de la madrugada. Sin duda algo ocurría en la habitación de la señora, porque en el poco tiempo que tardé en taparme los hombros con un pañuelo y coger una vela volvió a sonar la campanilla... Cuando llegué a la habitación, sin tiempo para calzarme siquiera, acababa de entrar Don Víctor. Se había puesto la vieja bata escocesa y el ridículo gorro verde que usa para dormir. Con la palmatoria en la mano, observaba a su esposa sin atreverse a decir nada. Al acercarse a la cama de la vi aterida de frío, quejándose de dolores de cabeza. El señor, que parecía aún medio dormido, se acercó al lecho.

- ¿Qué tienes, hija mía?.

Sin duda, me insinuó con una leve mirada el señor, era el ataque, el dichoso ataque de nuevo... Los síntomas, desde luego, eran los mismos de las otras veces.

- Apenas puedo ver... Me estallan como chispas en los párpados.

Sí, igual que las otras veces... El último ataque de nervios de la señora se había producido el viernes pasado, al poco de acostarse. Me dirigí a la cocina. Había que preparar una infusión de tila. Los señores quedaron en la habitación.

Cuando regresé. La señora parecía más sosegada. Don Víctor estaba sentado en la cama, con sus manos entre las de la señora. La conversación se detuvo cuando observaron mi presencia. Don Víctor besaba en la frente a la señora y ella le apretaba suavemente la cabeza contra el pecho... La señora lloraba.

Cuando Don Víctor pudo zafarse de los brazos de la señora me lanzó una mirada fugaz. Un asomo de lujuria asomó en sus pupilas. Sin duda, mirada mi camisón intentando adivinar lo que apenas se escondía...

Comenzaba a tiritar. En aquella enorme alcoba hacía frío. Así pues, tras pedir permiso a los señores, me retiré... Cuando me dirigía a la puerta noté en la espalda la turbia mirada del señor...

Estuve unos instantes escuchando tras la puerta... Los señores habían retomado la conversación... La señora insistió en que Quintanar -casi siempre llamaba a su marido por el apellido- apurase la tila que quedaba en la taza.

- ¿Tienes frío? -le preguntó la señora.

- ¿Frío yo...?. ¡Qué va!...

Tal vez fuera así... Lo que, desde luego, tenía el señor era sueño... Había estado hasta muy tarde leyendo en la biblioteca. Después aún estuvo un buen rato rondando por mi habitación...

- ¿No quisieras tener un hijo, Quintanar...? -dijo, de pronto, la voz de la señora tras la puerta.

- ¡Con mil amores! -contestó Don Víctor.

Aquello era ridículo, patético... Ella deseando tener un hijo con un anciano y él, en cambio, pensando en el día de caza que le esperaba con su amigo... Marcharía al amanecer, como casi todos los días, sin que la señora lo supiera.... Yo misma tenía que despertarle antes de la seis...

- Sí, hijita mía, sí; pero ahora debes descansar... Te exaltas demasiado. [...]